



PRESENTACIÓN DE LA CARTA ENCÍCLICA
*LAUDATO SI' SOBRE EL CUIDADO
DE LA CASA COMÚN*

IBERO
CIUDAD DE MÉXICO ®

Medio Universitario /
Programa de
Medio Ambiente /



PRESENTACIÓN DE LA CARTA ENCÍCLICA *LAUDATO SI' SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN*¹



TEXTO DE: P. DAVID
FERNÁNDEZ DÁVALOS, S.J.
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO

La Iglesia tiene ahora un Papa que irrumpe con novedad y contundencia en el panorama de los líderes mundiales. Escapa a los esquemas del pasado.

Emite una Encíclica dirigida a todo mundo: creyentes, agnósticos, ateos, ricos y pobres. A todos afecta el tema y a todos se dirige. Es la más ecuménica de las encíclicas, en sí misma, no como algo añadido.

Coloca en un mismo plano la ciencia y la reflexión teológica, el cielo y la tierra. Es profética: a los cielos nuevos añade la tierra nueva. En lugar de remontarse a los cielos, desciende a los infiernos del mundo de hoy, con los peligros que nos acechan.

Se muestra como un Papa latinoamericano: volcado a lo humano, a las carencias sentidas (inteligencia sentiente) desde una perspectiva de liberación.

La Encíclica quiebra paradigmas en una Iglesia que en su historia ha vivido lejana de la ciencia y de los no creyentes. Les da credibilidad a los científicos modernos más serios, independientemente de si son o no creyentes, que quieren demostrar la antropogénesis del cambio climático. Con su posición, Francisco ha trasladado la “carga de la prueba” a los enemigos de esta tesis: los conservadores de los países del Norte global.

¹ Los textos corresponden a la presentación de la Carta Encíclica *Laudato si' Sobre el cuidado de la casa común*, del papa Francisco, que se llevó a cabo el 1 de julio de 2015 en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, y participaron el Mtro. David Fernández Dávalos, S.J., rector de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, el P. Patxi Álvarez, S.J., secretario para la Justicia Social y la Ecología de la Compañía de Jesús (vía Skype desde la curia general en la ciudad de Roma), y la Mtra. Dulce María Ramos Mora, coordinadora del Programa de Medio Ambiente de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México.

Sabe que la Iglesia se juega su futuro y su presente, la fidelidad a su inspiración original, no en la teología ni en los fueros, sino en la defensa de lo que es más nuestro: la Tierra y los pobres. La tierra pertenece a todos, especialmente a los más vulnerables, no a los dueños del poder.

La astucia de Francisco lo lleva a elegir un tema de consenso amplio (la ecología) para hacer una crítica demoledora del actual sistema-mundo. Es una decisión arriesgada, pero brillante. Condena a los responsables del nuevo holocausto ecológico.

ALGUNAS SINGULARIDADES DE LA ENCÍCLICA, EN PALABRAS DE LEONARDO BOFF ²

- Es la primera vez que un Papa aborda el tema de la ecología como ecología integral, como tema central y de forma tan completa.
- Aborda el tema desde un nuevo paradigma ecológico (ni siquiera la ONU).
- Se fundamenta en los datos más seguros de las ciencias de la vida y de la Tierra (él es químico).
- Lee los datos afectivamente (con inteligencia sensible o cordial), pues sabe que detrás de ellos hay dramas humanos y sufrimiento también de la madre Tierra).
- A pesar de la gravedad de la situación, el Papa encuentra siempre razones para la esperanza y para confiar en que podremos encontrar soluciones viables. Todavía.
- Enlaza con los papas que le precedieron, Benedicto XVI y Juan Pablo II, citándolos con frecuencia.
- Algo muy nuevo: se inscribe dentro de la colegialidad, pues incorpora las contribuciones de decenas de conferencias episcopales del mundo entero (Estados Unidos, Alemania, Brasil, Patagonia, Paraguay).
- Acoge el pensamiento crítico, el pensamiento complejo. Se incorpora el pensamiento de Teilhard de Chardin, de Guardini, Dante, el protestante Ricoeur, el musulmán Ali Al-Khawwas, de Scannone, Mattelart, Boff, la Teología de la Liberación. Por eso, Víctor Toledo dirá que “es una joya del pensamiento”. Dirá también que es un “manifiesto revolucionario”.
- Francisco no escribe como Doctor de la fe, ni como Maestro, sino como Pastor que cuida la casa común. Está abierto a nuevos predicados.

LOS TEMAS CENTRALES, O LOS EJES LEITMOTIV DE LA CARTA ENCÍCLICA LAUDATO SI' SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN, VIENEN EN EL NUMERAL 16

- La íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta.
- La convicción de que en el mundo todo está conectado (como realidad física y como visión mística).

² Boff, Leonardo, *La Carta Magna de la ecología integral: grito de la Tierra / grito de los pobres*, 19 de junio de 2015. Publicado en línea en: <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=713>

- La crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología.
- La invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso.
- El valor propio de cada criatura.
- El sentido humano de la ecología.
- La necesidad de debates sinceros y honestos.
- La grave responsabilidad de la política internacional y local.
- La cultura del descarte.
- La propuesta de un nuevo estilo de vida.

La crisis social y la crisis ecológica no son dos crisis distintas, son una y la misma.

Introduce matices muy importantes al antropocentrismo judeocristiano: el mandato no es explotar, sino cuidar, cultivar.

CLAVES HERMENÉUTICAS

Usa el método latinoamericano del “Ver-pensar-actuar”, que es el de las comunidades de base y de la Teología de la Liberación.

Es un discurso conflictivo: afecta visiones e intereses. Historiza los conceptos de ecología, desarrollo, progreso, política. Molestará a las corporaciones transnacionales, a los grandes estados del Norte global; a la política capitalista y neoliberal, como la nuestra.

Nos alegra a muchos: quienes buscan la justicia en la verdad; quienes aman a los más débiles; a los movimientos populares; a los ecologistas críticos.

No es un discurso fundamentalmente religioso, sino crítico científico, aunque tiene una teología de la creación portentosa, inmensa. Cambia el modo de ver a Dios, no como algo añadido a la creación, sino como quien sostiene, anima, vivifica, crea constantemente.

La ecología es un prisma para ver la totalidad, como el Aleph: relaciones con la naturaleza, con los seres humanos, con Dios. Mira las relaciones de producción, acumulación, distribución, consumo...

Va contra el paradigma tecnocrático dominante, homogéneo y unidimensional. (“Ni la ciencia ni la técnica son neutras”.)


CRÍTICAS QUE SE HAN HECHO

Las alternativas que propone son débiles, el cierre es flojo: reciclar, reducir, reutilizar, cuidar el agua, etc. Pero no es así: pide cambiar nuestro estilo de vida, algo muy importante. Aboga por una civilización de la austeridad. También en el capítulo quinto habla de abrir un diálogo para encontrar alternativas al modelo de desarrollo. Eso es muy importante: pone en cuestión el modelo y pide discutir: él no tiene la fórmula.

Falta un enfoque de género: es cierto. No hablamos de un asunto superficial o ideológico, sino de fondo: las mujeres son las más afectadas por la escasez de agua, por el cambio climático, por la pobreza. Esto no se refleja. Son de los resortes que todavía tenemos que afinar dentro de la Iglesia. No hay mala fe, sino simple estilo centenario que es difícil cambiar en poco tiempo.

MEDIDAS A TOMAR EN NUESTRA UNIVERSIDAD

- Transverzalizar la dimensión ecológica (ambientalización curricular).
- Fortalecer el programa de incidencia en medio ambiente.
- Tomar una postura ambiental técnica, política, filosófica, educativa, y teológica.
- Repensar nuestros programas de economía y negocios desde esta perspectiva.
- Favorecer el encuentro y el contacto físico de nuestros profesores y estudiantes con la realidad de los pobres y excluidos (prácticas profesionales, estancias, servicio social integral, experiencias puntuales).
- Acercar la reflexión teológica al adulto de hoy. Crecimiento en la fe.
- Hacer de la Encíclica un texto en todas las carreras.
- Establecer y alentar el diálogo interdisciplinario sobre la crisis ambiental.
- Estimular una lectura crítica permanente de la realidad ambiental / territorial del país.
- Formar a los docentes en el tema.
- Alentar investigaciones de calidad sobre temas de medio ambiente.
- Seguir con la gestión ambiental del campus.
- Hacer más programas de educación continua en la materia.



TEXTO DE: MTRA. DULCE
MARÍA RAMOS COORDINADORA
DEL PROGRAMA DE MEDIO AMBIENTE
DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO

Notable, inédita, inspiradora, providencial, histórica y subversiva, son tan sólo algunos calificativos que ha recibido la recientemente publicada Carta Encíclica *Laudato si' Sobre el cuidado de la casa común*, la cual ha generado una ola de comentarios y reacciones alrededor del mundo. Creyentes y no creyentes, líderes políticos, científicos y ambientalistas, han recibido con gran entusiasmo el documento y expresado su beneplácito.

La inmediatez de los medios electrónicos permitió que el documento alcanzara una difusión y penetración sorprendente. En las redes sociales adquirió un gran eco, y el día de su publicación la Encíclica se convirtió en *trending topic* en Twitter y, a dos semanas, una búsqueda en Google arroja más de 557,000 resultados.

Por supuesto, la Encíclica también ha generado reacciones negativas, principalmente entre los políticos, empresarios y medios conservadores, incluso entre los círculos más conservadores de la Iglesia católica, quienes han pedido al Papa que se limite a atender asuntos de su competencia.

¿Qué contiene este documento que lo hace tan notable?, ¿qué lo diferencia de otros documentos internacionales que abordan la crisis ambiental?

La Encíclica ofrece una visión profunda e integral de la crisis ambiental. Lo hace a partir del nuevo paradigma ecológico que conjunta las ciencias sociales y las ciencias naturales, para lograr una comprensión compleja de la realidad en la que las dimensiones ecológica, económica, social y cultural están íntimamente relacionadas. La Encíclica también deja ver la magnitud de las transformaciones que se necesitan para superarla.

Por otra parte, ésta integra la espiritualidad al pensamiento ambientalista; considera que para lograr una verdadera ecología es necesario recurrir a todas las ciencias y todas las sabidurías, incluyendo las religiosas; expone lo que la fe católica aporta para motivar a los creyentes a conservar la naturaleza y cuidar de los más desprotegidos (64), y resalta que para los cristianos la responsabilidad con la creación forma parte de su fe (64).

En este sentido, la Encíclica desmiente el mito basado en el relato bíblico de la creación, acerca de que el mundo nos pertenece y fue creado para que lo explotemos. Señala que “la forma correcta de interpretar la idea del ser humano como ‘señor’ del universo, consiste en entenderlo como administrador responsable” (116), colaborador de Dios en la obra de la creación (117).

El documento conjunta el peso de la autoridad moral que posee el Papa como líder religioso, con la solidez y contundencia de la información científica, para lograr una amplia penetración en distintos sectores y posicionar así la causa ambiental.

También señala que no es posible separar el dolor de los pobres y explotados de la degradación de la naturaleza, y que “no podremos afrontar adecuadamente el problema de la degradación ambiental si no prestamos también atención a las causas de la degradación humana y social” (48).

El Papa denuncia directa y valientemente la forma en que opera el mundo, y cómo ésta ha degradado la naturaleza y colocado al ser humano en condiciones de pobreza, desigualdad y sometimiento, y subraya de forma contundente que la crisis ambiental, en particular el cambio climático, es uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo (25), a la vez que es urgente detenerlo para evitar una catástrofe global.

La publicación de la Encíclica en este momento no es casual, ya que el papa Francisco desea influir en el debate que se llevará a cabo en la próxima Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que tendrá lugar a fines de noviembre de 2015 en París, y en la que se busca lograr un acuerdo vinculante que sustituya al Protocolo de Kioto.

Más en concreto, el Papa plantea la necesidad de cambiar el modelo de desarrollo global, lo que implica reflexionar sobre el sentido de la economía (16). Señala que no es suficiente conciliar la preservación del ambiente con el progreso, pues sólo significaría aplazar la ruina. Se trata entonces de redefinir el progreso (194) y llama urgentemente a todas las personas de buena voluntad que habitamos el planeta (3, 62) a entablar un diálogo para buscar juntos caminos de solución, y acentúa que aminorar los efectos del actual desequilibrio depende de lo que hagamos ahora mismo (161).

Ahora me permitiré ampliar algunos puntos que considero de gran relevancia en particular para nuestro contexto.

La Encíclica parte, como hemos dicho, de una visión sistémica, compleja e histórica de la realidad. Al mismo tiempo, está marcada por la experiencia personal del Papa y su identidad latinoamericana. Recoge el pensamiento de las corrientes de las iglesias de América Latina, en particular de la teología de la liberación, que hicieron una opción preferencial por los pobres y a favor de la liberación.

Más aún, recupera las epistemologías del Sur, que surgen de las comunidades y los grupos sociales que de forma sistemática han sufrido la opresión, discriminación y destrucción de sus territorios, causadas por el capitalismo.

El Papa expone con claridad la escala y profundidad de la crisis ambiental, y aborda temas muy diversos, desde el cambio climático y la ingeniería genética, hasta la contaminación acústica y visual, siempre de forma rigurosa y utilizando los datos científicos más recientes y robustos. Señala que “basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común” (61). Estas opiniones, y el posicionamiento mismo de la Iglesia actual, contrastan marcadamente con la actitud que ésta había tenido tradicionalmente respecto de la ciencia.

A lo largo de todo el documento, se entretajan los problemas de la degradación ambiental con la pobreza y la desigualdad social, y se señala que no es posible aislar unos de otros. Plantea que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (139). Las propuestas de solución, por tanto, requieren una aproximación integral que permita combatir la pobreza, devolver la dignidad a los excluidos y conservar la naturaleza (139).

Como las raíces humanas de la crisis, el Papa apunta al crecimiento económico y tecnológico, la mercantilización, la globalización del paradigma tecnocrático, el antropocentrismo y los estilos de vida consumistas.

En concreto, la Encíclica acusa a la economía de haberse prostituido, y haber perdido su compromiso de satisfacer las necesidades humanas, limitándose a conseguir una mayor rentabilidad. Apunta cómo los intereses económicos han prevalecido sobre el bien común.

Si bien el Papa reconoce los aportes que la ciencia y la tecnología han hecho para mejorar la calidad de vida de las personas (103), denuncia cómo la tecnociencia intenta controlar tanto la naturaleza como la existencia humana, convirtiéndose en una verdadera tecnocracia que domina todo y a todos (108). Por ello, el Papa expresa la necesidad de vincular la técnica a la ética con el fin de limitar su poder (136).

Por otro lado, el Papa señala el riesgo de seguir creyendo que los mecanismos del mercado, así como la ciencia y la tecnología pueden resolver todos los problemas que enfrentamos (109, 190).

El documento pontificio dedica todo un capítulo, el cuarto, a plantear los elementos más importantes para construir una ecología integral a partir de la incorporación de las consideraciones sociales y ambientales (139). Insiste de nueva cuenta en que para combatir la pobreza y devolver la dignidad a los excluidos, y simultáneamente cuidar la naturaleza, es necesaria una aproximación integral (139). Por otro lado, señala que la ecología supone también proteger de forma global la riqueza cultural de los pueblos (143).

La búsqueda del bien común es central en la Encíclica. Supone el respeto a los derechos humanos y requiere de la paz social, la cual no es posible lograr sin una justa distribución de los recursos (157). La Encíclica apela a la economía y a la política a defender y promover el bien común presente y futuro, y a crear condiciones para una plenitud humana posible (189).

La noción del bien común incluye también a las generaciones futuras (159). Se trata, dice la Encíclica, de una cuestión de justicia “ya que la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán”. Sin embargo, el Papa reitera que además de buscar la solidaridad intergeneracional, se requiere con urgencia lograr una solidaridad intrageneracional (162).

Quizá éste es uno de los puntos importantes del documento pues, como ha sido demostrado con amplitud, una de las causas principales del calentamiento global es la genera-

ción de gases de efecto invernadero, que a su vez son el producto de la combustión de hidrocarburos. En aproximadamente 150 años estas generaciones han consumido (¿o malgastado?) energía acumulada en millones de años, que ninguna generación ni anterior ni posterior usó ni usará.

La Encíclica ofrece también algunas líneas de orientación y acción para la política internacional, para la gestión nacional y local, para los procesos de decisión, incluso para la actuación personal; sin embargo, siempre concluye insistiendo que “los mejores mecanismos terminan sucumbiendo cuando faltan los grandes fines, los valores, una comprensión humanista y rica de sentido que otorguen a cada sociedad una orientación noble y generosa” (181).

La política y la economía deben dialogar para buscar el bien común y colocarse “al servicio de la vida” (189). Se requiere que la política amplíe su visión y se replantee a partir de la consideración de los diferentes aspectos de la crisis (197). Asimismo, exhorta a las religiones a dialogar entre ellas, y a dialogar también con las ciencias para encontrar nuevos caminos (201).

Señala que la crisis ecológica representa un desafío para la educación (202), a la que llama a trascender el papel informativo que ha jugado y contribuir a construir una nueva ética ecológica, a partir de la cual encuentre las motivaciones necesarias para lograr una transformación personal (210).

Apunta a los diversos ámbitos educativos: la escuela, la familia, los medios de comunicación y la catequesis, como los responsables de crear una “ciudadanía ecológica” que promueva el desarrollo de hábitos y comportamientos que conformen nuevos estilos de vida (211, 213).

Por lo tanto, la Encíclica interpela también a la universidad, y en especial a la nuestra, una institución de inspiración cristiana y confiada a la Compañía de Jesús. La universidad debe evitar convertirse en un instrumento que alimenta y reproduce el modelo civilizatorio hegemónico, que sostiene la idea de progreso y defiende el optimismo tecnológico. Por el contrario, debe ser un espacio para analizar y discutir la realidad desde una perspectiva compleja e interdisciplinaria, en contacto directo con la gente, principalmente con los más desprotegidos, para imaginar juntos alternativas al desarrollo. La universidad debe formar profesionales críticos capaces de transformar la sociedad. En su función de generadora de conocimiento, debe contribuir a encontrar soluciones a los problemas socioambientales más apremiantes, a partir del conocimiento científico en diálogo con otros conocimientos.

En este sentido, la universidad requiere llevar a cabo profundas transformaciones éticas, epistemológicas, estructurales y metodológicas que tomarán tiempo. Aun cuando el desafío es enorme, habrá que asumirlo con la motivación y el ánimo que la Encíclica nos ofrece.

El Papa hace un llamado urgente a la humanidad a cambiar el rumbo, a buscar un nuevo comienzo (207). ¡No podemos seguir actuando como si nada ocurriera! (59). El riesgo de no intervenir ahora puede ser una catástrofe global. Nos incita a cuestionarnos con valentía sobre nuestra vida, manera de ser y de actuar, nuestros pensamientos y, en una palabra, nuestra civilización (160). Sin embargo, la magnitud del desafío que enfrentamos, así como de las transformaciones que se necesitan para superar la crisis, demanda ir más allá de las iniciativas individuales y lograr la implicación de todos los actores sociales.

Finalmente, un elemento constante en el documento es la esperanza. El Papa expresa en varias ocasiones su confianza en Dios, y que siempre es posible reorientar el rumbo y hacer algo para resolver los problemas (61). Resalta que la auténtica humanidad habita en medio de la civilización tecnológica como una promesa permanente (112). De forma muy bella, expresa su seguridad en que los seres humanos “son capaces de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad” (205).

La Encíclica es un documento de extraordinaria riqueza que reúne en un solo documento las aportaciones de científicos, académicos, filósofos y teólogos de muchas religiones producidas a lo largo de muchos años.

Después de la *Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo y la Agenda 21*, emanadas de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, en 23 años no había surgido ningún otro documento con la relevancia y el alcance de la Encíclica *Laudato si'*, que sin duda se convertirá en un parteaguas en el desarrollo del ambientalismo contemporáneo.

Su profundidad amerita una esmerada reflexión; sabemos que ya se empiezan a formar grupos dentro de la academia y en otros espacios para la lectura y discusión conjunta del documento. Su carácter universal incluye mensajes pertinentes e inspiradores para todos. Esperamos que siga haciendo eco también dentro de nuestra universidad.

Para quienes conformamos el equipo del Programa de Medio Ambiente de la Ibero, así como para muchos ambientalistas alrededor del mundo, la Encíclica papal ha sido enormemente evocadora y ha renovado nuestro ánimo y compromiso para continuar con esta labor.



TEXTO DE: P. PATXI
ÁLVAREZ, S.J. SECRETARIO PARA
LA JUSTICIA SOCIAL Y LA ECOLOGÍA
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1. Se trata de una **Encíclica síntesis de la doctrina social de la Iglesia**, en continuidad con encíclicas anteriores.

En tal sentido, incorpora temáticas que proceden de esta tradición, hoy en día bien asentada en la Iglesia y tan querida por los últimos Papas. Así habla por ejemplo del trabajo, del destino universal de los bienes, de la opción por los pobres, de la ecología integral —incorporado por Juan Pablo II—, de la defensa de la vida, etcétera.

- 2.** Al mismo tiempo, añade una **serie de cuestiones propias** que están enumeradas en el numeral 16: “la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que en el mundo todo está conectado, la crítica [...] a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida. Estos temas no se cierran ni abandonan, sino que son constantemente replanteados y enriquecidos”.

3. No sería justo decir que es una Encíclica verde, en el sentido de ecológica en un modo reductivo. Es una **alabanza a la vida y una llamada a cuidar de la casa común**: de ahí el título, “laudato si’ – alabado seas, Sobre el cuidado de la casa común”. Es, por tanto, un canto a la vida, a toda la vida, y una invitación a protegerla, sobre todo allí donde está amenazada.
4. De tal modo que la Encíclica versa sobre la ecología, sí, pero sobre la **ecología integral**, cuestión a la que dedica el capítulo cuarto. Con esta expresión reúne las preocupaciones por el medio ambiente, con las dimensiones sociales y humanas (137). “El análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma” (141). De ahí que sea “fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales”. Y afirmará que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (139).

Esta unión de lo ambiental y lo social no es un mero capricho, pues, por una parte, todos los seres vivos formamos parte de una misma familia. El texto lo dice de un modo más radical: “todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal” (89). Por otra, los más afectados por el deterioro medioambiental, en cualquiera de sus formas, son los pobres (48). No se puede, por tanto, separar el planteamiento ecológico del planteamiento social (49) a fin de escuchar tanto el clamor de la tierra, como el clamor de los pobres.

5. La Encíclica afirma que **la ciencia y la religión aportan diferentes aproximaciones a la realidad** y pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas (62). No sólo lo afirma, sino que para poder avanzar en el discurso tiene necesidad de echar mano de conocimientos científicos. Lo hace en el capítulo primero, *Lo que está pasando a nuestra casa*. En él habla de la contaminación, el cambio climático, el agua, la pérdida de biodiversidad o la inequidad global desde las perspectivas que hoy ofrece la ciencia. A ese capítulo le seguirá el segundo, *el Evangelio de la creación*, donde indica que la fe ofrece “grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos más frágiles” (64). Los deberes hacia la creación forman parte de la fe cristiana. La Encíclica se mueve por tanto de la mano de la ciencia y del evangelio, enriqueciéndose mutuamente en una respuesta coherente a la crisis socio-ambiental que vivimos.

El Santo Padre ha acudido a numerosos científicos para realizar su reflexión a partir de lo que la comunidad científica, en su conjunto, sostiene en la actualidad. No se aventura a describir hechos por su cuenta, sino que alude a lo que los estudiosos de esos hechos afirman de un modo consistente. No pretende ser un científico, sino tomar la ciencia seriamente en cuenta.

6. De la descripción científica de la situación actual se colige que **es urgente actuar**. Es una preocupación constante en el texto. Es necesario que nos pongamos en marcha ya. Es urgente un cambio radical en nuestro comportamiento (4); por eso, realiza “una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta” (14); espera que la Carta “nos ayude a reconocer la grandeza, la urgencia y la hermosura del desafío que se nos presenta” (15).

7. En el centro del recorrido de la *Laudato si'* encontramos este interrogante: “**¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?**” (160). El papa Francisco prosigue: “Esta pregunta no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario”, sino que nos lleva a interrogarnos sobre el sentido de la existencia y los valores de la vida social: “¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Si no nos planteamos estas preguntas de fondo —dice el Pontífice—, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas obtengan efectos importantes” (160).

8. *Laudato si'* señala que **la crisis ecológica tiene raíz humana**, así se titula el capítulo tercero. No es sólo que los desechos y las basuras, la contaminación, el cambio climático, la escasez y calidad del agua, la pérdida de biodiversidad, etc., tengan como origen la actividad humana, cosa que afirma, sobre la base de los conocimientos científicos disponibles. El papa Francisco va más allá, más al fondo. Primero realiza una dura crítica del que llama “paradigma tecnocrático”, que consiste en “extraer todo lo posible de las cosas” (106), olvidándose de la realidad misma de las cosas. Busca el dominio de la razón técnica sobre la realidad, sin respeto de lo que las cosas son (115).

Segundo, apunta con el dedo al modelo “exitista” (de éxito), “privatista” de la cultura del descarte, que conduce a que la naturaleza y los excluidos puedan ser tenidos como mero daño colateral (49). Hay algo esencial en nuestro modo común de vida que no va bien: en nuestros estilos de vida y modelos de producción y consumo (26). De ahí que tengamos necesidad de un cambio radical.

Tercero, critica de modo repetido la forma en que se desenvuelve hoy la economía: “Muchos de aquellos que tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en enmascarar los problemas o en ocultar los síntomas” (26); “recursos de la tierra [...] están siendo depredados a causa de formas inmediateistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva” (32); “muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos” (54); “los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente”; “hoy ‘cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta’” (56). Podrían ofrecerse muchas más citas con críticas al actual modo de funcionamiento de la economía.

9. Precisamos **un nuevo paradigma**: “Una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático” (111), un nuevo “modelo de desarrollo global” (194). “No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología” (118).

Ese paradigma se asienta sobre varias convicciones. La primera es que conformamos una “familia universal” (89), como decíamos, pues estamos conectados con todo. La creación es nuestra hermana y nuestra madre (1), no sus propietarios ni dominadores,

como si estuviéramos autorizados a expoliarla. “El Padre nos ha unido a todos los seres” (220).

La segunda convicción indica que la creación es un don recibido del amor del Padre (220), y por ello suscita nuestro agradecimiento. Sólo somos capaces de cuidar y querer aquello que agradecemos sinceramente. La creación pertenece al orden del amor (77).

La tercera convicción de este nuevo paradigma consiste en el valor de cada criatura. “Cada criatura refleja algo de Dios y tiene un mensaje que enseñarnos” (221). Ese valor de cada realidad concreta se convierte en criterio para el juicio moral de lo que hagamos sobre cada criatura.

Desde esas convicciones se puede elevar una nueva vida, una nueva cultura, nuevas economía y política.

10. La Encíclica propone en el capítulo quinto algunas **líneas de orientación y acción**. Se trata de propuestas “de diálogo y de acción” (15) que procuren romper con “la espiral de autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo” (163). Así que todas las propuestas están concebidas como un diálogo: en la política internacional; en las políticas nacionales y locales; con empresas acerca del impacto de su actividad sobre el medioambiente y sobre las poblaciones más desfavorecidas; sobre economía y política para “redefinir el progreso”, vinculándolo a la mejora de la calidad de vida de las personas. En este caso, se trataría de lograr una “nueva economía más atenta a los principios éticos y [con] una nueva regulación de la actividad financiera parasitaria” (189).

Finalmente, también propone que las religiones establezcan un diálogo con las ciencias, pues las soluciones técnicas serán ineficaces “si se olvidan las grandes motivaciones que hacen posible la convivencia, el sacrificio, la bondad” (200). Pide también que las religiones entren “en un diálogo entre ellas orientado al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres, a la construcción de redes de respeto y fraternidad” (201).

Es decir, “la gravedad de la crisis ecológica nos exige a todos pensar en el bien común y avanzar en un camino de diálogo que requiere paciencia, ascesis y generosidad” (201).

11. El último capítulo orienta sus esfuerzos hacia la **conversión ecológica** a este nuevo paradigma, por medio de la **educación y la espiritualidad ecológica**.

Nos pide *apostar por otro estilo de vida*. En realidad, “el consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico” (203), y “mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir” (204). Un cambio en los estilos de vida que “podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social [...] Ello nos recuerda la responsabilidad social de los consumidores” (206).

Señala que la *educación* es esencial para ello, pues puede “crear una ‘ciudadanía ecológica’”, que logre desarrollar hábitos, pues “solo a partir del cultivo de sólidas virtudes es posible la donación de sí en un compromiso ecológico” (211). Cree que en esa educación, la familia juega un papel esencial, pues la sede de la cultura de la vida (213). Pide que “en nuestros seminarios y casas religiosas de formación se eduque para una austeridad responsable, para la contemplación agradecida del mundo, para

el cuidado de la fragilidad de los pobres y del ambiente” (214). Y llama la atención sobre la belleza, pues prestar atención a ella y amarla “nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista” (215).

Anima a cultivar la *espiritualidad cristiana*, que “propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo”. “La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad” (222). “La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora [...] Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración” (223).

Pide también cuidar el *amor civil y político*: “El amor, lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo, es también civil y político [...] el amor social nos mueve a pensar en grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una cultura del cuidado” (231).

Igualmente, afirma que la persona humana está llamada a asumir el dinamismo trinitario, saliendo de sí “para vivir en comunión con Dios, con los otros y con todas las criaturas” (240).

La Encíclica termina con dos oraciones, una para todos los que creen en un Dios creador omnipotente, y otra para los cristianos, para “asumir los compromisos con la creación que plantea el Evangelio de Jesús” (246). ■

